

Leopoldo Lugones

María Inés Narvaja

Nació en Río Seco, provincia de Córdoba, en 1874 y se suicidó en una isla del Delta de Buenos Aires en 1938. Desde 1896 residió principalmente en la Capital Federal, donde ejerció una intensa actividad periodística. Fundó, durante su estancia en París, "*La Revue Sudaméricaine*" (1914).

Publicó los siguientes libros de poesía: *Las montañas del oro* (1897), *Los crepúsculos del jardín* (1905), *Lunario sentimental* (1909), *Odas seculares* (1910), *El libro fiel* (1912), *El libro de los paisajes* (1917), *Las horas doradas* (1922), *Romancero* (1924), *Poemas solariegos* (1922) y *Romances de Río Seco* (1938).

En su obra en prosa se destacan *El Imperio Jesuítico* (1904), *Las fuerzas extrañas* (1906), un diccionario etimológico del castellano y un estudio sobre Roca.

En la Argentina es Leopoldo Lugones quien con mucha pasión acepta el camino de Rubén Darío, señalando el comienzo de una época de reencuentro definitivo con la poesía. Darío movilizó energías

latentes, mostró cómo se rompían ataduras, y enseñó a la generación que surgía con el siglo la dignidad del poeta como portador de las voces profundas de los dioses, de la tierra y de la historia.

La figura intelectual de Lugones domina el comienzo del siglo XX en la literatura argentina. Es él quien inaugura la línea que luego se denominó "sencillista": de la antigüedad adorada por los modernistas, de las estrofas de los cantos épicos y las elegías solemnes, se vuelve hacia la sencillez de la lengua casi coloquial; el canto elevado se transforma en textos que dan la bienvenida a los juegos de imágenes y al humor. Es, sin duda, un vanguardista en potencia y su figura se convertirá en punto de referencia de las poéticas disidentes.

Lugones es una figura clave situada en una encrucijada, en un punto donde puede encontrarse el comienzo de los caminos que luego habrían de seguir tanto sus admiradores como sus adversarios.

León cautivo

Grave en la decadencia de su pez soberana,
Sobrelleva la aleve clausura de las rejas,
Y en el ocio reumático de sus garras ya viejas,
La ignominia de un sordo lumbago lo amilana.

Mas, a veces, el ímpetu de su sangre africana,
Repliega su arrogante fruncimiento de cejas,
Y entre el huracanado tumulto de guedejas,
Ennoblecce su rostro la vertical humana.

Es la hora en que hacia el vado, con nerviosas
cautelas,
Desciende el azorado trote de las gacelas.
Bajo la tiranía de atávicos misterios.

La fiera siente un lúgubre influjo de destino,
Y en el oro nictálope de su ojo mortecino,
Se hastía una magnánima desilusión de imperios.



Los crepúsculos del jardín

Oceánida

El mar, lleno de urgencias masculinas,
Bramaba alrededor de tu cintura,
Y como un brazo colosal, la oscura
Ribera te amparaba. En tus retinas,

Y en tus cabellos, y en tu austral blancura,
Rieló con decadencias opalinas
Esa luz de las tardes mortecinas
Que en alguna pacífica perdura.

Palpitando a los ritmos de tu seno,
Hinchóse en una ola el mar sereno,
Para hundirte en sus vértigos felinos.

Su voz te dijo una caricia vaga,
Y al penetrar entre tus muslos finos,
La onda se aguzó como una daga.

Obras poéticas completas



Entre el riesgo y el estruendo es uno de los versos donde Lugones resume los sentimientos profundos de la naturaleza que son, a su vez, sus propios sentimientos: angustia, desilusión, fragilidad, derrumbe y asombro.

Estos son los sentimientos que lo llenan de solidaridad en la enunciación lírica, y de esperanza profunda y certera del amor más fuerte que la muerte. Así, los sentimientos negativos se transforman en la luz de la bondad que sostiene la fragilidad de la vida del hombre. La muerte es derrotada por la gracia pujante de la vida.

Salmo pluvial

I. Tormenta

Erased una caverna de agua sombría el cielo,
El trueno, a la distancia, rondaba su peñón,
Y una remota brisa de conturbado vuelo,
Se acidulaba en tenue frescura de limón.

Como caliente polen exhaló el campo seco
Un relente de trébol lo que empezó a llover.
Bajo la lenta sombra, colgada en denso fleco,
Se vio el cardal con vívidos azules florecer.

Una fulmínea verga rompió el aire al soslayo,
Sobre la tierra atónita cruzó un pavor mortal,
Y el firmamento entero se derrumbó en un rayo,
Como un inmenso techo de hierro y de cristal.

.....

III. Calma

Delicia de los árboles que abrevó el aguacero.
Delicia de los gárrulos raudales en deslíz.
Cristalina delicia del trino del jilguero.
Delicia serenísima de la tarde feliz.

IV. Plenitud

El cerro azul estaba fragante de romero,
y en los profundos campos silbaba la perdiz.

El libro de los paisajes